



Figura 6. “Maqueta de Persistence”, en: *The Spirit of Persistence. Las goletas en la isla de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. San Andrés: Universidad Nacional, 2004. p. 10.*

El migrante y los avatares de habitar el ‘entre’ en *Luna Latina en Manhattan* de Jaime Manrique

The migrant and the avatars of inhabiting “the between” in *Luna Latina en Manhattan* by Jaime Manrique

María Eugenia Osorio Soto*
Universidad de Antioquia

Recibido: 03 de octubre de 2010. Aceptado: enero 27 de 2011 (Eds.)

Resumen: en este trabajo analizamos *Luna Latina en Manhattan* del escritor colombiano Jaime Manrique. La novela está estructurada a partir de la dualidad en la que vive el personaje principal, que habita entre dos mundos, dos culturas y dos idiomas, equivalentes a los dos referentes sociales y geográficos del protagonista –Colombia y Estados Unidos– por lo cual hemos optado por estudiar el tema de la identidad individual, entendida como el producto del intercambio constante del personaje con su entorno. Para este objeto, nos remitimos a los conceptos de heterogeneidad cultural y de migrante, en el sentido que los define el teórico de la cultura Antonio Cornejo Polar. Aclaramos, sin embargo, que si bien Polar habla de heterogeneidad y de migrante en el contexto de las sociedades andinas y de las culturas latinoamericanas, estos son aplicables a los sujetos y a los fenómenos culturales resultantes de las migraciones modernas del tercer al primer mundo. Uno de los principios que mueve este análisis es pensar el texto literario como Alejo Carpentier lo propone: como un instrumento de indagación, un modo de conocimiento de hombres y de épocas, es decir, un modo de conocimiento que rebasa, en muchos casos, las intenciones del autor.

Descriptor: Identidad; migrante; habitar el *entre*; heterogeneidad; lugar; no lugar; hipermodernidad; Manrique, Jaime; *Luna latina en Manhattan*.

* Doctora en literatura de la Universidad de Suecia. Docente de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Coordinadora de la Maestría en Literatura Colombiana. Este artículo es el resultado parcial del proyecto “Voces subalternas y discursos sobre el cuerpo en la narrativa postmoderna hispanoamericana”. Para el desarrollo de esta investigación se cuenta con el apoyo financiero de la Estrategia de Sostenibilidad del Comité para el Desarrollo de la Investigación CODI (Universidad de Antioquia. Contacto: mara_osorio@yahoo.se)

Abstract: The aim of this article is to analyze *Luna Latina en Manhattan*, by Jaime Manrique. The novel is structured around the duality in which the principal protagonist lives, that is, between two worlds, two cultures and two languages, corresponding to both social and geographical modalities of the protagonist: Colombia and The United States. The topic of the individual identity is investigated as a product of the movement and of the constant exchange of the protagonist with his environment. For this study, two indispensable concepts are used: the cultural heterogeneity and the migrant, postulated by, Antonio Cornejo Polar. Although Cornejo Polar's definitions of heterogeneity and migration allude to the Andean world and Latin-American cultures, they perfectly apply to the subjects and to the cultural phenomena that are the product of the modern migrations from the third to the first world. One of the premises that move the analysis is to think the literary text as Alejo Carpentier proposes it, that is: an instrument of investigation, a way of knowledge of men and epochs which exceeds, in many cases, the intentions of the author.

Key words: Identity; migrante; to live in between; heterogeneity; place; not place; hypermodernity; Manrique, Jaime; *Luna Latina en Manhattan*.

Introducción

Jaime Manrique, nacido en Barranquilla, se considera un escritor colombo-americano, pues además de llevar más de treinta años viviendo en Nueva York, ha adoptado el inglés para escribir. Por lo anterior, Manrique (2007) se ubica a sí mismo dentro de la genealogía literaria de autores que han escrito en una lengua diferente a la materna, como hicieron Nabokov, Conrad, Dinesen, aunque también subraya que el bilingüismo se corresponde con una condición inherente al siglo XX y más aun del siglo XXI.¹ *Luna Latina en Manhattan* fue escrita en inglés y, sólo once años después, traducida a español, en 2003. Por su temática ha sido estudiada como parte de una vertiente de la literatura colombiana en la que se evidencia la expulsión o la salida del país y que da cuenta de la crisis del fin de siglo anterior y de los comienzos de éste (Gómez 2007 y Giraldo 2008). Se trata de narraciones en las que se representan diferentes formas de exilio

1 Jaime Manrique nació en Barranquilla y reside en Nueva York desde 1980. Ha escrito tres novelas en inglés: *Colombian Gold* (1983), *Latin Moon in Manhattan* (1992), *Luna latina en Manhattan*, Alfaguara (2003) y *Twilight at the Equator* (1997). Entre sus poemarios se encuentran *Mi noche con Federico García Lorca* (1995), *Mi cuerpo y otros poemas* (1999) y *Maricones eminentes* (Alfaguara, 2000) (Juniels 2007).

individual o peregrinajes por ciudades y culturas extrañas, de forma que también dejan en evidencia cierta desintegración del sujeto. Este es el caso en *Paraíso Travel* (2002) de Jorge Franco, *El síndrome de Ulises* (2004) de Santiago Gamboa y *Zanahorias voladoras* (2004) de Antonio Ungar, entre otras (cfr. Gómez 2007 y Giraldo 2001).

La novela de Manrique, como lo expone Gómez (2007) y como las estudiadas por Giraldo (2008), nos pone ante el tema de la migración, esto es, nos sumerge en ambientes biculturales y nos presenta un sujeto que, como lo anunciamos en el título, vive los avatares de habitar el *entre*, es decir, la dualidad que implica encontrarse entre dos mundos, dos lenguas, dos culturas. Dicha circunstancia nos permite analizar el texto a partir de los conceptos de heterogeneidad y migración, que si bien fueron resignificados por el conocido intelectual peruano Antonio Cornejo Polar, quien los utiliza para estudiar la complejidad cultural y literaria de América Latina, son válidos para referirse a las manifestaciones literarias que emergen al interior de los grupos de migrantes en las grandes urbes modernas del primer mundo. Si la ciudad andina es caracterizada como heterogénea/ bicultural y ha sido el escenario del discurso literario indigenista, el gauchesco o el cronista (Bueno, 2004, 33), las urbes modernas, por su parte, son hoy el paradigma de la diversidad *per se*; en ellas se producen los nuevos discursos sobre la heterogeneidad o a la diversidad que le es inherente a nuestra época. La analogía entre la urbe moderna y la ciudad andina la ubicamos en que ambas se constituyen como hemisferios geográficos, como articuladoras de la biculturalidad y de la heterogeneidad propias de nuestra época y, por tanto, permiten ser definidas a partir de los conceptos de Cornejo Polar. En otras palabras, partimos de que las diferencias o las distancias culturales que existen entre el campo y la ciudad latinoamericanos, pueden ser equiparadas con las que hay entre una ciudad latinoamericana y una urbe como Nueva York o Londres.

Ligado al tema de la ciudad/urbe encontramos el de la migración y el del sujeto migrante que, además, requieren ser estudiados con cautela, dada la vertiginosidad con la que se ha deslizado el sentido del concepto. Lo que queremos decir es que si bien Cornejo Polar lo utilizó inicialmente para aludir al fenómeno de la migración del campo a la ciudad, hoy hace referencia al desplazamiento entre países. Esta ampliación semántica del término, más que dar cuenta de nuevas formas narrativas o técnicas,

involucra aspectos contextuales que trascienden la narración y el relato. Pensada de esta forma, la narrativa de los escritores latinoamericanos, y en particular de los colombianos, escrita en las últimas dos décadas y que tratan el asunto de la migración, nos pone atentos al fenómeno en sí, especialmente como producto de un nuevo orden económico. La migración de la que hablaremos aquí, la que se representa en estas urbes hipermodernas o postmodernas, es un efecto de la globalización y, por tanto, comparte otras características.

Durante el siglo xx se habló de migración como uno de los efectos de la modernización. En dicho contexto, Cornejo Polar (1996) utiliza el concepto de heterogeneidad literaria y cultural en América Latina, con el fin de crear un anclaje en la historia social y política del continente y de convertirlos en una valiosa herramienta para la interpretación de la realidad americana.² En cuanto al tema del sujeto migrante, desarrollado por Cornejo Polar en sus últimos años de vida, también es perfectamente posible extenderlo y utilizarlo en el campo semántico que nos proponen el pensamiento y los discursos postmodernos, puesto que se trata del mismo fenómeno cultural que se produce del contacto del sujeto con dos culturas y, para el caso de la novela de Manrique, reubicado en una de las grandes urbes que Marc Augén llama hipermodernas (2000). De esta forma, la literatura que trata de la migración o de los sujetos migrantes, como una categoría discursiva, nos obliga a repensar aspectos relacionados con la postmodernidad y, si se quiere, con el mundo globalizado, puesto que es bajo este nuevo orden que se podría hablar de una explosión del fenómeno migratorio.

Ahora bien, el concepto de diversidad se relaciona estrechamente con el de heterogeneidad, de modo que las sociedades modernas e hipermodernas, además de ser diversas, son productoras de sujetos heterogéneos, es decir, individuos que no pueden ser definidos como entidades estáticas, coherentes, unitarias y homogéneas, que es como occidente, o el mundo occidentalizado, los ha concebido (2004, 37). Se trata de individuos marcados por la diversidad en la que conviven y cuyo horizonte multicultural, metalingüístico y multiétnico es tan amplio que, en otro sentido, permite explicar asuntos relacionados con la noción de

² En este sentido, es importante destacar que Los Estudios Culturales se deben mucho a este pensador. Pues, como lo destaca Alicia Ríos (2002, 7), él articula tres conceptos claves: discurso, sujeto y representación.

“sujeto colonial” y de “sujeto migrante”. Sobre estas relaciones escribe Bueno Chávez lo siguiente:

Las consecuencias de una concepción heterogénea del sujeto son varias [...] permitir la existencia de un tipo nuevo rotundo de sujeto, el sujeto migrante, cuyos debates y negociaciones internos son distintos de los del sujeto viajero –permítaseme la expresión- que observa y hasta presenta el mundo y sus diferencias sin interiorizar los debates, no asumir personalmente los nuevos ejes culturales como necesarios recurso de su vida (2004, 38).

En este orden de ideas, podemos sostener que el sujeto migrante es heterogéneo por excelencia, pues la necesidad de desempeñarse en el contexto bicultural en que se ve inmerso le hace “fagocitar culturas y lenguas sin diluir sus diferencias y problemas, sino más bien acentuándolos” (2004, 38). Una vez llegamos a este punto, cabe destacar la diferencia que existe entre el sujeto migrante y el viajero. Este último se ubica en otra categoría y ésta depende de que Él, a diferencia del migrante del siglo xx y xxi, puede mantenerse imparcial, no tiene que asimilar ni asimilarse en la cultura que visita, lo cual, contribuye, posiblemente, a que los relatos de viaje tengan sus propias características. De otro lado tendríamos entonces los motivos recurrentes en los relatos de migración que, según Cornejo Polar (1996b), hacen parte de una antigua “retórica de la migración”, que tradicionalmente ha puesto énfasis en los sentimientos de desgarramiento y de nostalgia del migrante. Esta retórica, continúa Cornejo Polar:

[...] comprende el punto de llegada -la ciudad- como un espacio hostil, aunque de algún modo fascinante o simplemente necesario, a la vez que sitúa en el origen campesino una positividad casi sin fisuras, con frecuencia vinculada a una naturaleza que es señal de plenitud y signo de identidades primordiales (1996).

Si bien lo anterior puede aplicarse al relato de migración de Manrique, existen claras diferencias en cuanto a la representación de los sujetos y al significado de la ciudad, hasta el punto que podríamos hablar de una inversión en dicha representación. En la novela de Manrique somos ubicados en Nueva York, esto es, una ciudad hipermoderna por excelencia y que más adelante trataremos como el *no-lugar*. Nueva York

aparece como un refugio intelectual y espiritual, pero también político y económico, del personaje.³

En suma, apoyarnos en el concepto de heterogeneidad nos permite abordar *Luna Latina en Manhattan*, desde la complejidad que plantean dos culturas en contacto y, muy especialmente desde la posibilidad de pensar el sujeto migrante como heterogéneo, es decir, múltiple, que ha interiorizado y procesado los registros de la multiculturalidad o la fragmentariedad del mundo que habita. Aquí nos aproximamos, además, a otro espacio discursivo en el cual podemos aplicar conceptos y entenderlos como procesos que implican las nuevas formas de transculturación y, como bien sabemos, han servido para interpretar la literatura y la cultura latinoamericanas.

Los avatares de habitar el *entre*

Luna Latina en Manhattan se publica en 1992, es decir, en año en que se celebran los 500 años de la llegada de los europeos al continente americano. Esta fecha podría pasar desapercibida si la presencia de Cristóbal Colón no fuera latente en el texto. El Almirante es casi un personaje principal pero aparece como una alusión metatextual, ya que el protagonista, Santiago, un escritor que intenta mantenerse en este papel, dice estar escribiendo un poema épico sobre Colón desde el comienzo de la historia. Aunque no se define la estructura del poema, sí se alude, especialmente, al cuarto viaje de Colón y, en alguna ocasión, a la manera como el genovés termina sus días. Pero, más allá de la información que aparece explícita en el texto, tenemos a Colón como un telón de fondo y su historia, a nuestra manera de ver, podría ser interpretada como la de un migrante del siglo XVI (21).

Ahora bien, concebir a Cristóbal Colón como migrante, y no como descubridor o viajero, implicaría hacer una lectura deconstructiva de la historia, puesto que el Colón que la historia nos ha mostrado mira el mundo sin interiorizar sus diferencias, y de allí el planteamiento de Todorov (2005) cuando escribe que Colón descubrió a América, pero no a los americanos. No obstante Todorov sostiene la idea de una actitud asimilacionista en Colón, ésta consiste en el deso del Almirante de que los indios adpten las

3 Como ejemplo podría mencionarse el estudio de Sonia Almazán del Olmo "Reflexiones sobre una transgresión: literatura cubana y emigración" (2006) que muestra los aspectos que conciernen a la realidad cubana. La autora habla de cuatro olas de inmigración cubana y de los motivos literarios que son recurrentes en los escritores emigrados.

costumbres del europeo, es decir, un fenómeno contrario al que sucede con el migrante moderno que está obligado a interiorizar, a tomar para sí, los ejes culturales del nuevo lugar, no sólo porque son los recursos más valiosos para vivir en la diversidad, sino porque la nueva sociedad así se lo impone (2004, 38). Así, la diferencia que hay entre Santiago, el protagonista, y Colón es evidente: el primero podría definirse como un sujeto heterogéneo que, como migrante colombiano en la Nueva York de finales del siglo XX, absorbe el idioma y la cultura como estrategia de supervivencia. Mientras que Colón representa la figura de mentalidad colonialista, Santiago aparece como un emigrado-subalterno en la era postmoderna. El poema épico sobre Colón queda inconcluso, quizá como la definición misma del personaje principal de la historia, pero insistimos en que la presencia de Colón evoca el descubrimiento de América como una historia de migraciones, esto es, de desplazamientos incesantes que inicialmente fueron más de un *allá* para un *aquí*. Al mismo tiempo se deja en evidencia que el reconocimiento de la alteridad también le es inherente a las narraciones de los cronistas de Indias (Borja, 2002, 25).

En consonancia con lo que venimos diciendo, en los relatos modernos sobre migrantes también aparece la idea del aquí y el allá, pero la conciencia de la alteridad adquiere un papel más protagónico y ésta suele representarse mediante sujetos escindidos cultural, étnica y lingüísticamente. Volviendo a la novela de Manrique, el título de ésta funciona como un marcador que pone en juego el asunto de la biculturalidad y que, por tanto, permite asociarlo las ideas de multiplicidad, inestabilidad y desplazamiento que, en definitiva, implica la migración (Cornejo Polar, 1996). Los rasgos que marcan la biculturalidad se mantienen a través de todo el texto, hasta convertirse en un *leit motiv* que cambia según el paradigma que se propone en el título: *Luna latina* alude especialmente al mundo latino-colombiano; Manhattan al americano-neoyorkino. El personaje principal está representado a partir de estos referentes geográficos: Colombia/Estados Unidos y, junto a estos hemisferios, nos sumergimos en la dualidad cultural, lingüística y social que implica *el habitar entre* dos mundos.

El capítulo que abre la primera parte se llama "La pequeña Colombia, Jackson Heights" y, como lo vemos, allí aparece la misma dualidad que alude el título de la novela. Nos referimos, en otras palabras, a que la estructura narrativa de la novela da cuenta de la escisión o de la biculturalidad que las referencias geográficas implican. La pequeña Colombia, Jackson

Heights funciona como *el lugar* de identificación para el protagonista, pero, tal como aparece en el texto, ser colombiano o la colombianidad es objeto de una constante negociación con lo americano. En la segunda parte, acompañamos al protagonista en su periplo por Manhattan y Nueva York, es decir, sitios que, desde el pensamiento de Marc Augén (2000) caracterizamos como *no-lugar*, como espacios carentes de referentes de identidad. Ser *colombiano* deja de tener importancia y, si bien la definición de *latino* parece ser una alusión identitaria que tiene más arraigo, veremos que es una noción que también se difumina en el relato.⁴

En la segunda parte de la novela se hace evidente la distancia que el protagonista toma de su condición de migrante, lo cual sucede en diferentes planos. En primer lugar parece corresponderse con una actitud existencial, pues Santiago actúa como una especie de *voyeur* que no se afecta por lo observado y, además, parece evadir las prevenciones que pueden aquejar a un migrante colombiano en Estados Unidos. Aunque reivindica un discurso de la marginalidad, no lo hace por ser migrante, sino como una condición existencial y, como tal, se ubica en un lugar de disidencia. En segunda instancia, su trabajo como traductor en el Sistema de Seguridad Social es significativo, ya que al mismo tiempo que lo obliga a mantener imparcialidad, frente a las historias y a los individuos que buscan ayuda, lo ubica en el papel de un sujeto letrado, en relación con los clientes. De esta manera, a nuestro parecer, se recontextualiza la conocida dicotomía escritura-oralidad y civilización-barbarie que pasamos a explicar.

Hemos subrayado que la relación binaria escritura/oralidad se actualiza en el texto y esto acontece en las oficinas de la Seguridad Social. En este nuevo espacio, el traductor ocupa el puesto de letrado y los solicitantes de subsidios, la categoría de iletrados, no sólo por el desconocimiento que tienen del inglés, sino también del español escrito, que es la lengua materna. Veamos uno de los encuentros que una demandante de subsidio tiene con una jueza perteneciente a Sistema de Seguridad Social:

- ¿Cuál fue el último año escolar que cursó usted en Puerto Rico?
- Nunca estuve en la escuela
- ¿Nunca?
- Así es
- ¿Habla usted inglés?

4 Aludimos aquí al lugar y no lugar desde la concepción de Marc Augén (2000, 83)

- Sé unas pocas palabras.
- ¿Sabe leer o escribir en español?
- No, señora (127-128).

La dicotomía civilización-barbarie tiene entonces que ver con la anterior, pero hay un ejemplo más explícito en la novela, cuando una demandante se exaspera por la actitud displicente de la jueza. Cuando ésta última le informa que la audiencia ha terminado, el cliente, en medio de su frustración, protagoniza una escena violenta en la cual, a nuestro modo de ver, se describe a una mujer puertorriqueña con cierto grado de barbarismo. En oposición se presenta la figura controlada y racional de la jueza, que estaría representando la cultura letrada: las leyes, las normas y, por tanto, lo civilizado:

- Señora Moquette, esta audiencia ha terminado –dijo la jueza-. Váyase con el niño.
- Fridania se paró. Cogió el palo de golf, me miró y lo alzó. Yo me encogí, y me cubrí la cabeza con los brazos. Pero Fridiana se fue acercando al estrado blandiendo el palo de golf de un lado para otro, con fuerza. Warpick se paró, horrorizada y gritando ronca, histéricamente.
- Sin dejar de brincar en la mesa, Claus (su pequeño hijo) empezó a cantar, “Bamba, bamba. Bamba, bamba” (172-173).

Este incidente, por otra parte, le cuesta el puesto al traductor, dado que él decide no tomar partido por la jueza y dejar que el suceso siga su curso. Así, la mirada desapasionada del protagonista frente a los acontecimientos devela la conciencia de su alteridad frente a la jueza y, ante todo, frente al sistema y las leyes americanas.

En otro sentido, a Santiago, por su oficio de traductor, le es dado establecer un puente entre dos mundos. Su papel es facilitar la coexistencia de los sujetos en ámbitos culturales diversos, de las personas que habitan entre dos lenguas y entre dos mundos. De esta manera, como traductor, se le podría identificar como un sujeto que, por un lado, sería un paradigma del migrante. Sin embargo, su papel es ambivalente dentro de la heterogeneidad cultural de la novela, ya que una condición para ejercer este oficio es que, mientras lo ejerce, debe ubicarse al otro lado del migrante, esto es, le corresponde actuar conforme a las normas establecida por la comunidad y, por lo tanto, como americano. El traductor, en otras palabras, es un mediador *entre* la ley, la norma, las instituciones del Estado y los que, en el caso de la novela

de Manrique, están al otro lado de la norma, los migrantes. Mientras el protagonista ejerce su oficio, como se vio en el ejemplo que antes citamos, se exonera de ser identificado plenamente con los inmigrantes latinos que, por ejemplo, solicitan subsidios. Existe, finalmente, una semejanza en la actitud del voyeur y la del traductor, pues en ambas actividades el sujeto puede mantenerse exento: de lo que ve, en el primer caso, o de lo que narra, en el segundo. A partir de esta función discursiva que cumple el personaje en la sociedad, podríamos hablar de una reterritorialización de su discurso como migrante, pues hay una asimilación y se acoge las experiencias que la inmigración le impone.⁵

Cornejo Polar (1996) advierte del peligro de analizar al migrante bajo dos tópicos o perspectivas que han sido recurrentes: la nostalgia y el triunfo. Éstos, aunque no son contradictorios en el discurso del migrante, hay que evitarlos, puesto que él no siempre aparece como un subalterno que sufre las consecuencias del rechazo e inmerso en un mundo hostil que no comprende ni lo comprende. Sin embargo, tampoco es frecuente que la inmigración opere como una fuerza que reconstruye la identidad del migrante, que lo lleve hacia una vida exitosa, es decir, hacia "la propiedad privada y el capitalismo". En la obra de Manrique, como se ha dicho, no se idealiza el sueño americano: el narrador mantiene la misma distancia de la que hemos hablado y el personaje se mantiene exento del mundo del consumo o del deseo por el dinero. En cuanto al sentimiento de pérdida, que podría asociarse a lo antes citado de Polar, hay un capítulo que se llama "Nostalgias", que si bien incluye una reflexión sobre lo implacable del tiempo, no funciona como un lamento.

La biculturalidad, como estamos viendo, se da a muchos niveles y se manifiestan en marcadores como el título de la novela, el nombre del primer capítulo o el oficio de traductor del protagonista. En estrecha relación con esta biculturalidad, son evidentes los indicios de la identidad que, por demás, funcionan como diferenciadores entre el ser *colombiano/latino* y *americano/neoyorkino*. Volviendo al primer capítulo de la novela: "La pequeña Colombia, Jackson Heights", donde se representa el micro-mundo de los colombianos en un suburbio de Nueva York, encontramos que la comida,

5 Cornejo Polar (2006) sustenta que el concepto de transculturación no sintentiza el espacio, sino que a *allá* y *aquí* aluden también "el *ayer* y el *hoy*, refuerzan su aptitud enunciativa y pueden tramar narrativas bifrontes y -hasta si se quiere, exagerando las cosas- esquizofrénicas".

las constantes referencias a platos típicos colombianos y a las bebidas, tiene un papel protagónico el momento de definirse como "colombiano" versus "americano". Así queda sentado en el siguiente intercambio que Santiago, el protagonista, tiene con su sobrino nacido en Estados Unidos:

—¿Eso es lengua? —me pregunta señalándola
 —Es mejor que las hamburguesas, que probablemente es lo único que tú comes.
 —Oye, Sammy, yo soy americano, no colombiano, y los americanos no comemos lengua (19).

Pero, más adelante, en el mismo diálogo, el sobrino quien, como vimos, desprecia la comida colombiana, reivindica la marihuana de la Sierra Nevada de Santa Marta:

Gene prendió el barillo y aspiró profundo.
 —Deberías fumar de ésta [...] es de la mejor colombiana, una Santa Marta gold que nunca vas a tener en las calles de Manhattan. Los colombianos se la fuman toda tan pronto llega (22).

Santiago insiste en diferenciarse de los otros habitantes de La pequeña Colombia, Jackson Heights, y esto sucede en varios niveles, pero se revela mediante la confrontación y los encuentros que tiene con sus familiares, amigos y vecinos. Acudimos a escenas en las que Santiago devela una negociación de su identidad que se produce en dos planos: en cuanto a su nacionalidad y a su sexualidad. Ambos aspectos son recurrentes y, según lo entendemos, aparecen más como objeto de una reafirmación que de una búsqueda. Santiago se reconoce/ reafirma como colombiano y como homosexual, especialmente, en los diálogos con los personajes que se encuentra en su visita a La pequeña Colombia, Jackson Heights.

Lo colombiano, no obstante, es presentado con más distancia. Aunque es sutil, lo observamos en una conversación que tiene con su madre, en la cual, después de explicarle algo, reflexiona de la siguiente forma: "Cuando acabé de decirle esto, me di cuenta de lo absurdo que era explicar racionalmente cualquier cosa a los colombianos" (29). Más adelante, en el encuentro con las amigas de la madre y, al caer en la cuenta que éstas son colombianas, adopta un cambio de actitud que deja en entredicho un aspecto de la negociación: "[...] Después, acordándome que estaba con colombianas, le

pregunté: ¿Cómo está tu esposo, Olga?” (38). Vamos viendo, entonces, cómo Santiago marca “la colombianidad” a partir esquemas preconcebidos, pero que ponen de manifiesto que se afirma en la diferencia. De esta forma se ubica en esa zona gris que equivale al *habitar el entre* dos mundos, dos culturas y dos lenguas. Quienes lo observan, como las amigas de la madre, le reprochan, por ejemplo, que sea tan poco colombiano, después de que declara que no quiere asistir a lecturas de poesía: “¡Qué cosa tan rara!- dijo Irma –Eso es poco colombiano- agregó Olga” (51).

La negociación de la identidad, como hemos destacado, es constante y atraviesa toda la novela, lo que implica que el protagonista no se define plenamente, sino que va creando alianzas identitarias con diferentes aspectos de lo que se considera inherente a ser colombiano o americano. Por estas razones, el protagonista tampoco aparece como un sujeto coherente en su discurso sino que, al contrario, asistimos a lo que Cornejo Polar (1996) llama un discurso descentrado, esto es, uno que se construye alrededor de varios ejes asimétricos, de alguna manera, incompatibles y contradictorios. Dicho discurso alude al lugar desde donde habla o se ubica el sujeto que para el caso del migrante es dual, en tanto que “el desplazamiento migratorio duplica (o más) el territorio del sujeto y le ofrece o lo condena a hablar desde más de un lugar” (Cornejo 1996).

El capítulo que abre la novela se llama “La pequeña Colombia, Jackson Heights”, alusión que da cuenta de la biculturalidad que se representa en la obra y que, en otro plano, explica la escisión del protagonista. La pequeña Colombia, Jackson Heights, funciona como un espacio propicio para la escenificación de los avatares de *habitar en el entre*: dos mundos y dos lenguas, pero que se hacen explícitos en el énfasis en que el protagonista pone sus preferencias sexuales, su manera de ser, los hábitos culinarios y el vestido. Todos estos aspectos funcionan como marcas identitarias de un sujeto que mira e intenta autodefinirse. El producto de la negociación no es, necesariamente, coherente y único, pues hemos visto que el discurso del sujeto migrante, dada su condición heterogénea, es plural y diverso. Así, lo colombiano y lo americano aparece, en varios casos, como intercambiables. Veamos un ejemplo:

–Yo no puedo votar– dijo Carmen Elvira con tristeza. Era un dato interesante.

–¿Por qué no?

–Ella es ciudadana americana– dijo Irma.

–Tú también eres americana– la retacó Carmen Elvira con ira-. Y tú también, Olga.

No lo niego, mijita –asintió Olga con desaliento–. Pero yo soy colombiana con toda mi alma, y colombiana me voy a morir

–Yo también– dijo Carmen Elvira, llena de entusiasmo patriota–. Yo sólo lo hice para que mis hijos pudieran salir adelante en este país [...]

–Tú nunca lo vayas a hacer, cariño– me ordenó Carmen Elvira–, sería una desgracia terrible, una verdadera tragedia, que nuestro mejor poeta en los Estados Unidos se vuelva ciudadano americano (53-54)

Lo colombiano se revela como desventajoso, pero también como ventaja, como bien se puede ver en el diálogo citado; cuando las amigas de la madre de Santiago hablan de participar en las elecciones para presidente en Colombia y del asunto de la nacionalidad. Esta forma de ambigüedad es un efecto del *habitar el entre*. No obstante, como lo hemos marcado, Santiago logra tomar distancia de lo colombiano y de lo americano, para ubicarse en la posición de un *voyeur* (excéntrica). Esto le permite retratar sin pasiones e inclusive ironizar el tema de la nacionalidad, esto es, de la colombianidad y de la americanidad.

El discurso identitario, como lo estamos mostrando, se da en múltiples planos, en los que la nacionalidad y la sexualidad llegan a funcionar como hilos conductores de la narración. Sin embargo, gradualmente, el tema de la colombianidad pierde su relativa importancia para darle paso a la cuestión de la identidad latinoamericana, o regional-barranquillera. Asistimos, de nuevo, a una negociación de la identidad pero, apoyándonos en las ideas de Cornejo Polar, se vislumbra como un hecho relacionado con la condición del migrante. La identidad se redefine, para llegar a ser percibida como un discurso que se transforma constantemente. Lo anterior se corresponde con la esencia misma de la identidad que, según leemos en Polar no hay mejor discurso sobre la identidad que el que se enraíza en la incesante (e inevitable) transformación.

Ahora bien, el tema de la identidad nacional o regional va tomando otros giros y esto sucede cuando el protagonista se reconoce a sí mismo y dice “yo soy”, pues, el sujeto que dice “yo soy” se puede definir como coherente, pues da cuenta de *uno* que encuentra su lugar en el mundo o que está ubicando en un nuevo lugar, o territorio, que *reconoce*. En el capítulo titulado “Madres e hijos” el protagonista manifiesta: “Hay un par de cosas

que debo aclarar. Yo nací en la ciudad de Barranquilla y, cuando tenía siete años, después de que mi papá nos abandonó, nos fuimos a vivir a Bogotá” (57). Más adelante, agrega otros elementos identitarios como los de clase y género. Es sólo al final de la primera parte de la novela que, además de coincidir con el fin de la visita de Santiago a La pequeña Colombia, Jackson Heights, éste se reconoce como homosexual ante su madre y lo hace ante la insistencia de ella para que se case con una chica:

No me voy a casar con Claudia ni ahora ni nunca, ¿está claro?
 –¿Pero por qué, Sammy?
 –Porque soy homosexual y Claudia es lesbiana, por eso. Y porque nunca voy a amar a una mujer de esa manera [...]
 No podía creer que acabara de decir esas palabras. Durante muchos años había sabido que mi mamá sabía [...] Pero jamás había dicho la palabra homosexual, en su presencia o en relación conmigo [...] Mientras yo no lo admitiera, quedaba la esperanza de que finalmente me casara como todos los buenos muchachos colombianos (104).

Emerge entonces el discurso gay como elemento constitutivo de la identidad de Santiago, pero el asumirse como tal, parece implicar un distanciamiento del mundo colombiano y barranquillero, puesto que, como aparece en la novela, Colombia y Barranquilla se representan como un país y una ciudad imposibles para el homosexual. Así lo reitera su amigo Bobby quien desde muy joven le había dicho a Santiago:

[...] que no aguantaba la vida en Colombia como homosexual. Se había venido a los Estados Unidos para ser, como dijo, “un marica libre”. En ese momento yo estaba tratando de salir del clóset, y cuando Bobby se presentó en mi vida comprendí que si quería alguna vez aceptar mi sexualidad tenía que irme de la casa de mi mamá (61-61).

La forma como Santiago define su “Yo”, que mostramos en las dos citas anteriores, por otra parte, puede ser leída en contrapunto con la que el sobrino, Gene, presenta de sí. Éste aparece como la otra cara, el sujeto alienado de su propio lugar de origen, de su historia, es decir, de su identidad. Al mismo tiempo que desprecia lo colombiano, se representa como un paradigma del joven americano alienado por el consumo y lo vemos en la forma como se autodefine:

Yo sólo soy un sardino
 de Jackson Heights,
 yo no soy un criminal,
 yo sólo quiero una moto (96).

Pensar el tema de la identidad, ligado al de la nacionalidad, como lo estamos proponiendo en este estudio, dado los dos universos tan diferenciados que se nos presentan: el colombiano y el americano, nos pone ante una encrucijada relacionada con el significado mismo del lugar, entendido éste como país, barrio o calle. Hemos detectado que en la novela de Manrique hay una dialéctica entre el lugar y el no lugar, tema que trataremos a continuación.

El lugar y el no lugar

El tema del lugar y el no lugar está íntimamente relacionado con el de la identidad. Al respecto Marc Augén sostiene que: “Si el lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar” (2000, 83). Según lo anterior, y específicamente en la novela, podríamos relacionar el lugar con Barranquilla-Colombia y el no lugar con Nueva York-Estados Unidos. Ambas ciudades cumplen una función en el texto. La primera en cuanto a la historia individual del personaje, la segunda en cuanto a la posibilidad que le brinda de ser anónimo y de poder definirse como homosexual.

Ya hemos hablado de la presencia de Colombia y de lo colombiano; sin embargo, aunque el país representaría el lugar de identidad histórica del personaje, también se plantea una dicotomía, ya que se pone de manifiesto que ni Colombia, ni Barranquilla, son amables para el homosexual. Esto se revela en otra parte del diálogo ya aludido entre Santiago y su amigo Bobby, específicamente cuando este último le dice: “Para empezar, me fui de Barranquilla. Yo siempre me desesperaba pensando que nunca iba a poder irme de esa horrible ciudad de machos. Yo sabía que tenía que irme para poder ser la marica de ataque que fui” (163). Santiago asiente con Bobby y revela que el *no lugar*, al ser definido como un espacio de circulación, que no tiene identidad, ni relación (Augén, 2000, 83), es propicio para albergar sujetos disidentes que en el caso de la novela es el homosexual,

aunque también los basuqueros y prostitutas que deambulan diariamente por Manhattan, donde vive el protagonista. Nueva York emerge entonces como un *no lugar*, producto o resultado de la hipermodernidad, espacio de circulación de sujetos anónimos, donde miles de migrantes confluyen y, que coincide con lo descrito por Augén:

Se multiplican, en modalidades lujosas o inhumanas, los puntos de tránsito y las ocupaciones provisionales (las cadenas de hoteles y las habitaciones ocupadas ilegalmente, los clubes de vacaciones, los campos de refugiados, las barracas miserables destinadas a desaparecer o a degradarse progresivamente), donde se desarrolla una apretada red de medios de transporte que son también espacios habitados, donde *el habitué* de los supermercados, de los distribuidores automáticos y de las tarjetas de crédito renueva con los gestos del comercio «de oficio mudo», un mundo así prometido a la individualidad solitaria, a lo provisional y a lo efímero (83-83).

Pero Manhattan y Nueva York tienen un significado más polivalente, puesto que al definirse como espacios de la multiculturalidad, ofrecen otras perspectivas para analizar el tema de *habitar el entre* y, para avanzar con esta reflexión, traemos a colación los planteamientos de Víctor Silva (2002) cuando define la implicación inmediata de este hecho: “El *entre* conjura toda propuesta de la identidad como unidad, cualquier posibilidad de transformar esenciales a identidades movibles, modulables como masas plásticas que cambian permanentemente” (102).

En la segunda parte de la historia acompañamos al protagonista en su periplo por Manhattan, Nueva York, es decir, nos sumergimos en un mundo más multicultural que el de La pequeña Colombia, y en el cual se ponen de manifiesto varias marcas de identidad que son suplementarias: Mientras pierde sentido el ser colombiano, se hace evidente la desventaja. En cuanto a lo primero, se abre un espacio para reivindicar lo latinoamericano, quizá porque la definición de *latino* tiene cierta historia o arraigo en el mundo americano. Lo advertimos cuando Santiago le replica a una amiga lo siguiente: “—Rebeca, querida, ¿no has notado que todos los suramericanos somos muy ceremoniosos?” (112). En cuanto a la desventaja de ser colombiano se alude de forma irónica en un contexto relacionado con el uso de los instrumentos tecnológicos: «Maldecí el destino de nacer en Colombia. Si hubiera nacido en un valle de California, pensé, estaría perfectamente a

tono con las necesidades de la época” (134). De igual manera se representa la prevención manifiesta que existe en contra de los colombianos y esto se revela cuando el arrendatario le dice al protagonista: “Además, tu sabes que yo no te hubiera dejado mudarte si hubiera sabido que eras colombiano. Yo pensé que tu eras de Venezuela” (140).

Paralelo al distanciamiento que se opera en relación con el sitio de origen, el narrador-personaje establece una línea de pertenencia con Nueva York. Aunque sucede de forma sutil, lo dice abiertamente cuando reconoce que allí es más fácil sobrevivir: “Aquí por lo menos me gano la vida. [...] Ahora me siento casi como un neoyorkino” (157). Sin embargo, como se ve en la cita, es una relación instrumentaria, y no de familiaridad o historia. Pues el *casi me siento*, de la cita, equivale al *habitar el entre*. Aquí habla un sujeto que no se siente de aquí, tampoco de allá o que, quizá, se siente de las dos partes. De esta forma, el personaje se camufla constantemente y se mantiene ajeno, a través de todo el texto, al encasillamiento identitario. Su trabajo como traductor, además de lo ya expuesto en el apartado anterior, también tiene una función en el juego de las identidades, puesto que le permite dar cuenta de la otra cara de la migración, es decir, de ese otro aspecto de las metrópolis modernas, aunque ahora empieza a ser tratado como un problema, por la incidencia social y económica de los desplazamientos:

[...] la multiculturalidad implica heterogéneas formas de vivir y pensar, de las estructuras de sentir y narrar. En América Latina moviliza antiguas y nuevas contradicciones (éxodo del campo a la ciudad; predominio de la memoria sobre la historia; la ciudad como contradictorio no-lugar; el incremento del mercado y la pobreza y el abandono del rol predominante que ocupaba el Estado) (107).

Esta temática se pone en escena cuando se describe a dos personajes que luchan por sobrevivir en los márgenes que el mismo sistema les permite. Se trata de las dos mujeres puertorriqueñas que intentan recibir la ayuda del Sistema de Seguridad Social y que son ejemplos paradigmáticos de lo que representa la otra cara del sueño americano. El narrador, como se ha demostrado, es relativamente imparcial, pero insiste en representarse diferente a los otros migrantes. Para este efecto, acude a una estrategia para marcar la identidad y que consiste en definirse por lo que no es. En concreto, recurre a la táctica de la exotización del otro, de su lenguaje y

de sus costumbres. Así se presenta cuando describe un grupo de migrantes que están en la oficina de empleo a la espera de una oferta laboral:

Al bajar a las siete ya había una larga cola de aspirantes en Mike's, la agencia de empleo en el segundo piso de mi edificio. Los hombres eran la usual cosecha de Mike, unos tipos hindúes o árabes que parlotaban lenguas exóticas. A veces iban a la agencia con sus maletas de cartón, como si acabaran de llegar de Bagdad o de Sri Lanka o de donde fuera. Al verlos siempre me preguntaba qué clase de trabajos les conseguiría Mike (125).

Lo anterior es interesante, puesto que el narrador parece olvidarse, por completo, de su misma posición de migrante, al tiempo que se ubica en la situación de un americano, en el sentido que traza una línea divisoria entre él y los llegados de Oriente. Aquí aparece la otra cara de Nueva York, diferente a la que había presentado Santiago, cuando decía que le era más propicia para sobrevivir. Nueva York, para esos inmigrantes que cada día esperan, representa la ciudad inhumana, punto de tránsito y de ocupaciones provisionales, es decir, el no lugar del que habla Augén (83).

Lo que hemos apuntado sobre el narrador también nos lleva a pensar que en la obra de Manrique se da cuenta de otra noción de la migración. Aquí aparece, nuevamente, un rasgo que Mary Giraldo (2008) destaca para las dos obras citadas al inicio del artículo: *Zanahorias voladoras* y *Síndrome Ulises*, en las que la migración toma las características de un:

exilio intelectual en el que el aspirante a escritor se exilia de lo que conoce y sabe habitual, considerando su lugar como algo provisorio, ajeno a sí mismo. Se trata de una forma de independencia que, en las novelas contemporáneas, deja ver cierto escepticismo y frustración (Giraldo, 2008, 94-95).

En conclusión, cuando hoy hablamos de literatura de migración se entiende aquella en la que se pone en escena un cambio de lugar, un desplazamiento, así como las implicaciones del habitar entre esos mundos. Las condiciones de biculturalidad en las que se producen los relatos de migrantes permiten pensarla a partir de la noción de la heterogeneidad, postulada por Cornejo Polar, quien en primera instancia se refiere a los textos producidos por el sujeto migrante del campo/sierra andina a la ciudad. Este concepto nos

pone ante el problema epistemológico relacionado con el sujeto migrante/heterogéneo, es decir, uno que no puede ser definido desde la noción de coherencia como se define en el mundo occidental.

Después de haber realizado este análisis concluimos que el protagonista de *Luna latina en Manhattan*, por su calidad de sujeto migrante que *habita en el entre*, es decir, entre dos culturas, dos lenguas y dos códigos que se corresponden con las dos referencias geográficas que definen al protagonista. Dado que la novela de Manrique nos ponen ante los avatares que la existencia del migrante impone, podría concebirse como un relato de migración, pero es importante destacar que el narrador, al definirse desde la diferencia, se mantiene en su posición de voyeur evitando así ser identificado con el imaginario que se tiene del colombiano migrante en los Estados Unidos, es decir un individuo relacionado con el mundo de la mafia y la criminalidad.

Bibliografía

- Almazán, Sonia. "Reflexiones sobre una transgresión: literatura cubana y emigración", en: *Trangresiones cubanas. Cultura, literatura y lengua dentro y fuera de la isla*. Knauer, G.; E. Miranda y J. Reinstädler (eds.). Iberoamericana, Vervuert. Madrid, 2006.
- Augén, Marc. *Los no lugares. Los espacios del anonimato*. Guedisa. España, 2000.
- Borja, Jaime. *Los indios medievales. De Fray Pedro de Aguado. Construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*. Ceja. Bogotá, 2002.
- Bueno, Raúl. *Antonio Cornejo Polar y los avatares de la cultura latinoamericana*. Fondo editorial Universidad de San Marcos. Lima, 2004.
- Carpentier, Alejo. "Problemática de la actual novela latinoamericana", en: *Tientos y diferencias*. Contemporáneos. Ediciones UNIÓN. La Habana, 1996.
- Cornejo Polar, Antonio. "Una Heterogeneidad no dialéctica: Sujeto y discurso migrantes en el Perú Moderno", en: *Revista Iberoamericana* Vol. LXII, N.ºs 176-177. Julio-diciembre, 1996, 837-844.
- Giraldo, Mary. *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, 2008.
- Gómez, Blanca. *Viajes, migraciones y desplazamientos. Ensayos de crítica cultural*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2007.
- Manrique, Jaime. *Luna Latina en Manhattan*. Alfaguara. Madrid, 2006.

Manrique; Jaime. "Las palabras también quitan la sed", en: *Revista electrónica Letralia. Tierra de Letras*. Entrevista realizada por Juniels, Jhon Jairo [consultado 4. Jun. 2010].

Silva Víctor. "La compleja construcción contemporánea de la identidad. Habitar el entre", en: *Razón y palabra*. Revista electrónica, 2002. [consultado 1. Jun. 2010].

Ríos, Alicia. "Los estudios culturales y el estudio de la cultura en América Latina", en: *Estudio y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. CLACSO, 2002.

Todorov, Tzvetan. *La Conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI. México, 2005.

La temporalidad anacrónica de *El río del tiempo* de Fernando Vallejo

The anachronistic temporality of El río del tiempo by Fernando Vallejo

*Andrés Alfredo Castrillón**
Universidad de Antioquia

Recibido: el 10 de abril de 2011. Aceptado: 07 de mayo de 2011 (Eds.)

Resumen: este artículo brinda un acercamiento a la temporalidad de la saga *El río del tiempo* (1999) del escritor Fernando Vallejo (1942), desde una relación interdisciplinaria en la que entran en juego el estudio literario y filosófico del tiempo, este último concepto desde la filosofía de Martin Heidegger.

Descriptores: Temporalidad; Anacronía; Recuerdo; Devenir; Vallejo, Fernando; *El río del tiempo*.

Abstract: This article provides an approach to the concept of temporality in the saga *El río del tiempo* (1999) by Fernando Vallejo (1942), from an interdisciplinary relation between the literary and philosophical studies of time. The philosophical concept is based on Martin Heidegger's philosophy.

Key words: Time; Anachronism; Memory; To become; Vallejo, Fernando; *El río del tiempo*.

* Magíster en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia, docente del Instituto de Filosofía de la misma universidad. Este artículo hace parte del trabajo de investigación "La temporalidad de Heidegger y *El río del tiempo* de Fernando Vallejo" Contacto: andrescastrillon1@gmail.com.